

Trazando paisajes, imaginando la nación

La Guerra del Pacífico y la Pacificación de la Araucanía en perspectiva comparada¹

MARÍA CONSUELO FIGUEROA GARAVAGNO²

...Creemos ser país
y la verdad es que somos apenas
un paisaje

NICANOR PARRA

En el año 1911 el historiador chileno Alberto Edwards publicó un artículo en la recientemente creada *Revista de Historia y Geografía*, titulado “Un nuevo mapa de Chile”.³ En él, el autor elogiaba la aparición de una nueva versión del plano del territorio nacional realizado por Luis Risopatrón con ocasión de la conmemoración del Centenario de la independencia del país, en 1910. En su artículo, Edwards destaca la gran acuciosidad y sofisticación del nuevo mapa como un ejemplo de cartografía moderna y extraordinario cientificismo desarrollado hasta entonces. En palabras de Edwards, el mapa de Risopatrón no era sino “...el más acabado y concienzudo trabajo de conjunto, que haya visto la luz en la América Latina”⁴ equivalente sólo a aquellos realizados en Estados Unidos y los países europeos, toda vez que la nueva proyección cartográfica no solo abarcaba el territorio nacional completo, sino que llenaba aquellos espacios blancos dejados por mapas anteriores, permitiendo un conocimiento más acabado acerca de los, hasta entonces, territorios ignotos de Chile.

Junto a los elogios y reconocimiento de la nueva carta geográfica, Edwards, como historiador, recorría en su artículo, la trayectoria cartográfica del siglo XIX chileno, poniendo especial atención en el mapa construido por el francés Amado Pissis en 1872. Pese a reconocer en este trabajo una considerable influencia en el desarrollo cartográfico nacional, Edwards se refiere a él en términos deplora-

1 El presente artículo es una síntesis de diferentes trabajos en los que he abordado el estudio sobre las implicancias en las formas de decir y los modos de silenciar los relatos en los procesos de construcción de las ideas de nación. Ver: “¿Historias de guerras o guerras por la historia?”, en *Revista Universum*, año 24, 2009. Vol. 2. Talca: Universidad de Talca. “Geografías en disputa. La construcción del Chile territorial”, en *Revista 180*, N° 27, 2011. Santiago: Universidad Diego Portales. “De rastros y extravíos. Guerras en exhibición. Chile: 1880’s-1930’s” *Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburg, IILI (en prensa).

2 Académica de la Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales. Santiago. Chile.

3 Alberto Edwards “Un nuevo mapa de Chile”. *Revista de Historia y Geografía*, Vol. 1, 1911

4 *Ibid.*, p.49

5 *Ibíd.*, p.51

bles. Es más, al compararlo con el *Atlas de Historia Física y Política de Chile* publicado por Claudio Gay en 1854, al que califica de “ser un croquis trazado más ó menos á ojo”,⁵ señala que este último, por lo menos, tendría un valor histórico. Edwards acusa a Pissis de incurrir en serios errores de inexactitud geodésica que no habrían hecho más que obstaculizar el progreso en el conocimiento geográfico nacional. La opinión del historiador es, en este sentido, categórica y devastadora “Esta tentativa prematura y fracasada... ha perjudicado extraordinariamente nuestros progresos geográficos... Las personas familiarizadas con el mapa de Pissis, opinan que en los detalles es inferior al de Gay, y que en la estructura general contiene errores de tal naturaleza, que no pueden explicarse, sino por la pérdida de las libretas de trabajo, que el ingeniero francés debió después reconstituir *de memoria* ó con la ayuda de apuntes diversos”.⁶ La descalificación se centra en la ausencia de rigurosidad científica y parcialidad objetiva por parte del geógrafo francés. Las premisas en las que Edwards funda su artículo, son, de este modo, una reformulación del proyecto de nación chilena, que pretendía divorciarse de la apuesta liberal decimonónica. El historiador, uno de los exponentes más importantes de la corriente historiográfica conservadora de principios del siglo XX, no hacía otra cosa sino desacreditar los avances implementados durante el siglo anterior para articular una propuesta de modernidad diferente, distanciada de aquellas elaboradas por los grupos oligárquicos dirigentes.

6 *Ibíd.*, p. 53

He usado el artículo de Edwards como pre-texto introductorio al debate sobre la influencia que el conocimiento geográfico y los imaginarios territoriales han ejercido en la construcción de la idea de nación en Chile durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. El propósito es atender tanto a las transformaciones que la disciplina geográfica ha evidenciado durante este período – no obstante su supuesto carácter neutro y objetivo-, como a los efectos que la constitución de fronteras externas e internas –más allá de las propiamente territoriales- ha tenido en la definición de la pertenencia o exclusión de sujetos a la nación en términos de raza, clase y género. En este sentido, la geografía será concebida como un constructo histórico, y, en esos términos voluble y modificable, que deja huellas en la constitución de la idea de ser chileno otorgándole un sentido de corporalidad a la nación.⁷

7 En su estudio sobre *Género, identidad y lugar*, Linda McDowell analiza tanto la construcción de la identidad nacional a través de las representaciones y formas pictóricas e iconográficas del entorno, así como la metáfora del cuerpo como el mapa de los significados propios. L. McDowell *Género, identidad y lugar*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000. Capítulo 7 “El género y el Estado-nación”.

La elección de este período está asociada a dos aspectos fundamentales: Por una parte, la incorporación, después de la Guerra del Pa-

cífico (1879-1884) y la eufemísticamente denominada “Pacificación” de la Araucanía (1860s-1880s), de las regiones norte y sur –esto es, dos terceras partes de la superficie nacional total- a la jurisdicción del Estado chileno, lo que redundó en la apropiación, explotación y estudio de los nuevos territorios por parte de intereses tanto privados como públicos. Por otra parte, los avances tecnológicos en materia de medición topográfica, censos de recursos naturales y población, inspecciones geodésicas y construcción de planos y mapas, alimentaron el deseo de aplicar procedimientos racionales y supuestamente objetivos en la dominación del espacio territorial. Ingenieros, botánicos, geógrafos y científicos en general, nacionales y extranjeros, se trasladaron a las nuevas regiones con el fin de explorar científicamente estas zonas en busca de nuevos conocimientos geográficos y la posterior apropiación de tierras y recursos económicos. Sus estudios resultaron en detalladas descripciones del terreno y de las riquezas que éste contenía.

Una de las premisas de las que parte este análisis es que la construcción de la idea de nación se fundamenta en una relación íntima entre la historia y la geografía. Ambas se erigieron en disciplinas modernas durante el siglo XIX, al mismo tiempo en que se constituía y afianzaba la idea de nación. En efecto, la historia y la geografía, como asignaturas de estudio y conocimiento positivo –en términos de la objetividad asignada a ellos-, demarcaron los lindes y dieron contenido a la idea de ser chileno en el imaginario nacional. Pero no actuaron en forma aislada, sino en un permanente diálogo entre la temporalidad cronológica de lo que es concebido como nacional y el espacio territorial en que ésta está circunscrita. Así como la historia crea y fija la idea de nación a través del relato de un pasado común y armónico situado en un espacio territorial determinado, la geografía no sólo describe y delimita las fronteras y características del territorio nacional como el espacio natural y propio, sino que da significado y contenido al sentimiento de pertenencia o exclusión a partir de los eventos que allí se han producido.

De este modo, entendiendo la geografía como un discurso que, a través de la representación abstracta del territorio, llena de imágenes y da sentido al espacio nacional, el objetivo de este artículo es atender a aquellos hitos topográficos destacados en los relatos buscando identificar las características y atributos asignados a esas zonas. Al respecto, se propone que la incorporación de los nuevos territorios al imaginario geográfico chileno no sólo moldeó la corporalidad del

país en un sentido específico y arbitrario sino que también reforzó determinadas perspectivas e intereses de grupos sociales desacreditando y excluyendo otros. Los relatos y descripciones geográficas así como sus silencios –esto es, lo que no es graficado, nombrado o representado– fueron dando significado a políticas de inclusión y exclusión de algunos sujetos de la pertenencia nacional, representado especialmente en términos raciales, pero también de género y clase. Documentos como descripciones geográficas, reportes científicos, textos escolares, cuentos, mapas y dibujos acerca de los nuevos territorios incorporados después de las dos guerras, son las fuentes en las que se basará el presente análisis.

El territorio como bosquejo de la nación

Que las naciones y los nacionalismos son artefactos creados hoy no está en duda.⁸ Sin embargo, llama poderosamente la atención que pese a ser invenciones imaginadas, ellos sean percibidos, por la mayoría de la población, como “común-unidades” naturales y *sempiternas* investidas de existencia real y genuina. El tránsito de estas naciones y nacionalismos de ser creaciones abstractas a existencias reales ha seguido complejos y enmarañados caminos que terminaron instalándolos como fenómenos incuestionables. Símbolos nacionales, himnos, relatos literarios, narraciones históricas, efigies, conmemoraciones patrióticas y establecimiento de límites territoriales entre otras, han jugado un papel central en este proceso.⁹

Sin embargo, la convicción de pertenecer a un territorio determinado y supuestamente inalterable ha sido quizás uno de los elementos más relevantes a la hora de plasmar rasgos de estabilidad y permanencia a la idea de nación como una existencia auténtica y real. El que la geografía, esto es, el territorio natural, haya sido concebido como el cimiento concreto, objetivo y genuino en el que se fundan las naciones, ha cooperado substancialmente en la naturalización de la idea de nación. En efecto, como señala Raymond Craib, el espacio geográfico ha sido percibido como “una categoría estática y neutral, un objeto pre-político, y un escenario pasivo sobre el cual los sujetos históricos actúan papeles asignados”.¹⁰ Es esta hipotética neutralidad la que provee a la nación de un sentido de imparcialidad incuestionable. En otras palabras, el espacio geográfico se representaría “tal como es: con su fauna, su flora, su fisiografía, su clima, su topografía, su mineralojía i producciones diversas...”.¹¹ Así, territorio y naturaleza constituirían el escenario

8 El debate sobre el origen, difusión y naturalización de las naciones y los nacionalismos ha sido extenso. La mayoría de los autores coincide en que las naciones y los nacionalismos no son fenómenos eternos, sino construcciones históricas, elaboradas principalmente durante los siglos XVIII y XIX en el mundo occidental. Concebidas como una consecuencia del Romanticismo (Federico Chabod, *La idea de nación*. México, FCE [1961] 1987), como resultado de la expansión del capitalismo impreso y la administración del Estado (Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE [1983] 1993), como efecto del desarrollo capitalista en sociedades industriales (Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismos*. Madrid, Alianza [1983] 1988), o como resultado de la Ilustración (Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1990), entre otras tantas interpretaciones, es innegable que estos emergieron en un momento histórico determinado.

9 Según Benedict Anderson, las naciones modernas se constituyeron gracias a la influencia decisiva del capitalismo impreso, la expansión del sistema educacional y la organización administrativa del Estado. Tres serían las “instituciones de poder” claves para este autor en la formación de las naciones y el nacionalismo, a saber, el censo, el mapa y el museo. B. Anderson Op. Cit., pp. 163-164.

10 Raymond Craib *Cartographic Mexico. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*, Dirham and London: Duke University Press, 2004, p.3. La traducción es mía.

11 La cita corresponde a José María Muñoz quien escribe el prólogo al libro de Enrique Espinoza *Jeografía descriptiva de la República de Chile*. Santiago: Imprenta i Encuadernación Roma, 1895.

real en el que se desenvuelve la nación, naturalizando, consecuentemente su existencia.

Sin embargo, tal y como ha sido señalado antes, la idea de territorio geográfico como marco objetivo y *sempiterno* de la nación no es más que una ilusión fundada en la supuesta objetividad derivada del influjo que las ciencias, especialmente las ciencias naturales, han tenido en la percepción del medio ambiente natural. Así, las disciplinas científicas –investidas de la autoridad derivada de un conocimiento supuestamente objetivo, neutral y legítimo– han jugado un papel clave en la instalación de la geografía como materia de estudio sólida que se aboca a la comprensión del territorio nacional, entendido como invariable y verdadero. En su estudio sobre la construcción de Siam como nación Thongchai Winichakul advierte que la característica de imparcialidad otorgada a la geografía sería sólo un manto que busca cubrir intereses determinados. Con el fin de enfatizar el aspecto artificioso y elaborado del proceso de creación-producción de la geografía, Winichakul acuñó el concepto de *geo-cuerpo* (*geo-body*). En sus palabras “... el *geo-cuerpo* de una nación es una definición territorial hecha por hombres la que tiene efectos –clasificando, comunicando, e imponiendo– en la población cosas y relaciones”.¹² Así, pese a que el espacio geográfico aparece caracterizado por su aspecto natural y neutral, el territorio “es siempre construido humana o socialmente”.¹³ De este modo, el territorio, entendido como la corporalidad de la nación, materializaría la existencia real de esta última, evidenciándose en los discursos nacionales adoptados e internalizados por la población como propios y verdaderos. Es lo que Benjamín Subercaseaux señala en su famoso ensayo *Chile o una loca geografía*, en el que tras insistir en las características científicas de la geografía, dice que “hay en este Chile algo que lo hace eterno e inmutable; y ese algo es su geografía [...] Estas ideas... exaltan mi amor por esta patria que adivino eterna”.¹⁴ El territorio no sería solo el cuerpo materializado de la nación, sino que sería un cuerpo provisto de eternidad, traducido en la existencia real, objetiva y natural de la nación. Subercaseaux va aún más lejos en su insistencia corporativa de la nación, argumentando que la coherencia y unidad de Chile estaría fundada en su propia geografía, siendo la Cordillera de los Andes la columna vertebral de la nación.¹⁵

Sin embargo, insistimos en que lo que es reconocido como el territorio nacional sería una estructura confeccionada a partir de descripciones geográficas y representaciones espaciales las que no son más

12 Thongchai Winichakul *Siam Mapped. A History of the Geo-Body of a Nation*. Honolulu: University of Hawaii Press, 1994, p. 17.

13 *Ibidem*.

14 Benjamín Subercaseaux *Chile o una loca geografía*. Santiago: Editorial Ercilla, 1940, p.24.

15 “... nuestra nueva frontera con el Perú hace una salida en el norte abrazando una región montañosa y atormentada por donde sube, jadenado, el ferrocarril de Arica a La Paz. Es un fragmento del macizo Tres Cruces, el más grande de los Andes [...] Este detalle... marca el comienzo de esa inmensa cordillera chilena que da al país su configuración propia. Es la columna dorsal que permite apreciar la extensión de su cuerpo” Benjamín Subercaseaux. *Ibid.*, p.58

16 Irit Rogoff *Terra Inrifma. Geography's Visual Culture*. London: Routledge, 2000, p.8.

17 *Ibid.*, pp.21-24.

18 Henri Lefebvre *The Production of the Space*. Oxford UK & Cambridge USA: Blackwell, 1991. p.85.

19 De acuerdo a Mary Louise Pratt, quien analiza la expansión e imposición del proyecto occidental europeo durante el siglo XVIII sobre otras regiones y culturas, la geografía, y más precisamente la historia natural habría sido concebida como el caos en el que los científicos *producían* un orden, el que no era otra cosa sino la imposición del mito de la superioridad del hombre europeo. M.L. Pratt *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: FCE, [1992] 2010. Capítulo I "Ciencia, conciencia planetaria, interiores".

que referencias arbitrarias y subjetivas, fuertemente involucradas con intereses asociados al poder. Irit Rogoff, quien analiza la geografía desde una perspectiva cultural, la define como "un sistema de clasificación, un modo de localización, un lugar de historias nacionales colectivas, culturales, lingüísticas y topográficas",¹⁶ en otras palabras, una creación inserta en sistemas de conocimientos y percepciones culturales más amplios. Como cuerpo de estudio, la autora señala que la geografía, lejos de abordar la naturaleza como el medio ambiente dado, ésta sería la creadora del mismo a partir de los centros de poder. Aquí, los estados serían las instituciones que materializarían, con más eficacia, una idea hegemónica y fija de lugar y localización, representada en imágenes de lo *propio* y lo *foráneo*. Es en este proceso donde la identidad nacional sería creada, asumida y difundida a través de lo que Irigoff denomina como *fantasías culturales* de la *otredad*, propagadas desde la geografía.¹⁷

Al respecto, es oportuno reiterar que fue durante el siglo XIX cuando la geografía, bajo la influencia del positivismo, devino en una ciencia natural que buscaba la comprensión de las leyes de la naturaleza del espacio. Los territorios geográficos comenzaron a ser minuciosamente examinados, contados, clasificados y descritos, en busca de su estandarización y consiguiente apropiación de los mismos, como producto de uso y consumo. Al respecto, Henri Lefebvre desarrolla, desde una perspectiva marxista, el concepto de *Espacio Social* el que se constituiría básicamente a partir de relaciones de propiedad, especialmente propiedad de la tierra, y las fuerzas de producción que lo circundan generando, como consecuencia, un espacio social que se traduce en una realidad a la vez formal y material. En este sentido, el producto de uso y consumo, sería al mismo tiempo un medio de producción de propiedad y relaciones de poder.¹⁸ En el siglo XIX, la dicotomía *civilización - barbarie* preponderante entre científicos y estudiosos, devino en la idea de que la naturaleza no sólo era el marco de referencia de los territorios nacionales, sino también un lugar signado por el caos y el desorden que necesitaba ser apropiado con el fin de dominar el descontrol y organizarlo de acuerdo a medidas civilizatorias.¹⁹ La acción de atrapar la naturaleza a través de las descripciones y clasificaciones se relacionaba con esa apropiación y organización del supuesto desorden natural. De ahí a la apropiación real de la tierra, había un paso.

Ampliación de las fronteras y difusión de nuevos imaginarios

Situándonos en el caso chileno, la incorporación de las regiones del llamado Norte Grande y la Frontera Sur dentro de la jurisdicción nacional, en la década de 1880, estuvo acompañada de una efectiva apropiación territorial por parte del Estado y de intereses privados, y por la creación de un imaginario relacionado con esos nuevos espacios geográficos que fue tomando cuerpo a través de relatos de guerra y relaciones históricas y geográficas. En efecto, ambas regiones fueron anexadas por medio de incursiones bélicas por parte del ejército chileno –la Guerra del Pacífico y la mal llamada “Pacificación” de la Araucanía–, resultando en la ocupación efectiva de esos territorios. El sentimiento de victoria unido a las riquezas económicas que reportaban ambas regiones al país, devino en un tipo de relato signado por elementos triunfalistas en los registros geográficos. Lo que resulta interesante es que, pese a que muchas de estas descripciones, especialmente las descripciones geográficas en su pretendida objetividad y espíritu científico, al abocarse a las caracterizaciones de la topografía patria, no se desvincularon nunca de la narración de eventos históricos que habrían tenido lugar en esos territorios. Por el contrario, el espacio geográfico tomaba forma y significado a partir de esas hazañas históricas. Desde esta perspectiva, la historia, vía la articulación cronológica de eventos ancla el pasado en una forma específica, fijando la percepción de una trayectoria común como real y objetiva. Las certezas que entrega la historia como disciplina, se relacionan tanto con la acción de escribir como con la de fijar una línea, pretendidamente coherente, de la temporalidad.²⁰ Es esta idea de continuidad la que determina qué sujetos entran en la nación y quiénes quedan fuera de ella, en atención a su participación en los eventos históricos consignada en los relatos. Por su parte, la geografía es una disciplina que otorga contenido y significado a la idea de ubicación y localización, y, consecuentemente, a la situación de los sujetos dentro de la superficie nacional, en directa relación con los parajes y ambientes en los que habitan. A través de diferentes tipos de narrativas –descripciones topográficas, dibujos, ilustraciones, mapas y diagramas– la geografía persigue no solo la apropiación, en el imaginario, del territorio nacional, sino la incorporación real de los sujetos a la idea de nación.

Ambas, la historia y la geografía son a la vez fuente de la que emana y resultado que deviene de la idea de nación. Tiempo y espacio no pueden estar disociados. De la misma forma que las referencias his-

²⁰ Prasenjit Duara, *Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China*. Chicago: The University of Chicago Press, 1995, p. 4-5.

21 Raymond Craib Op. Cit., p.5.

22 *Ibíd.*, p.53.

23 Gasón Bachelard *La poética del espacio*. México: FCE, 1975, pp.25-28.

24 Durante gran parte de la vida republicana en Chile, hubo restricciones en el ejercicio del derecho a voto. Los principales obstáculos estaban determinados por la propiedad, la alfabetización y el género. En 1874 una reforma constitucional permitió a todos los hombres mayores de 21 años o 25 (si es que eran solteros) a participar en las elecciones, eliminando, por lo menos en la ley, la propiedad como impedimento para su participación ciudadana. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, gran parte de la población seguía siendo excluida de la arena política. Fue solo en 1949 cuando las mujeres lograron ejercer su derecho a voto, pudiendo participar por primera vez en las elecciones nacionales de 1952, y en 1970 se aceptó la inclusión de los analfabetos en las elecciones, estableciendo finalmente el sufragio universal.

tóricas están siempre ubicadas en espacios físicos determinados, las descripciones geográficas adquieren forma y significado en relación a eventos históricos, formando parte de la misma red de conocimiento. Tomando las palabras de Raymond Craib “el lugar es eterno, la historia es escena”,²¹ por lo que ambas disciplinas “...ofrecen una imagen ideológicamente saturada y acabada del Estado-nación en formación, en la que el territorio aparece como una tradición y una multiplicidad de espacios han sido reducidos a la linealidad de una narrativa singular”.²²

Al respecto, Gastón Bachelard acuña, en su texto *La poética del espacio*, el concepto de *Topofilia* para referirse al sentimiento de pertenencia que esos espacios provocan en la población.²³ Desde su perspectiva, los espacios sólo pueden ser aprehendidos como propios cuando éstos generan reacciones emocionales en los sujetos. Este aspecto resulta esencial a la hora de entender las formas en que se construyen los relatos geográficos nacionales los que persiguen imprimir sentimientos de pertenencia e inclusión de la población. Este propósito está, ciertamente, relacionado con la necesidad de compensar diferencias reales. En efecto, los principios que alimentan el concepto de nación, pese a que tienen, y ese es su objetivo último, una apariencia de universalidad e inclusión de toda la población, reproducen, en definitiva, sólo los beneficios de la elite. La ausencia del ejercicio real de la soberanía popular como expresión de la política, es elocuente. Pese a que el discurso incorporaba a toda la población en el imaginario popular de la nación, éste estaba limitado al momento de ejercer los derechos de ciudadanía a aquellos hombres letrados, quienes podían demostrar algún tipo de propiedad.²⁴ En este sentido, el objetivo de expandir una idea de nación aglutinante e integradora respondía precisamente a que la gran masa de población estaba, en la práctica, excluida.

Así, la geografía fue un camino efectivo para reforzar esos sentimientos de pertenencia a una nación supuestamente objetiva y natural en una trama en la que se mezclan y confunden los eventos históricos y las características del territorio nacional. Al respecto, Luis Risopatrón, el mismo que Alberto Edwards citaba en su artículo, publicó, en 1924, su *Diccionario jeográfico de Chile*. Interesante resulta que el autor hiciera uso, a modo de introducción a su descripción del territorio nacional, del viaje que Hernando de Magallanes realizó por el estrecho que lleva su nombre, en 1520, y de la primera expedición de Diego de Almagro en el que posteriormente sería te-

territorio chileno, en 1535. En buenas cuentas, la composición geográfica nacional estaría íntimamente vinculada al surgimiento histórico de la nación. Ciertamente Risopatrón hace eco de la historiografía que sitúa el inicio de la nación Chilena en el proceso de conquista por parte de España.²⁵ Más interesante aún es el recorrido histórico que este autor traza para explicar la constitución geográfica nacional la que deviene en un imaginario del territorio centrado en determinadas regiones. Así, al hacer mención a las políticas territoriales aplicadas por los Borbones durante el siglo XVIII, que derivaron en el traspaso de las ciudades de Tucumán, Mendoza, San Luis y San Juan de la jurisdicción de la Capitanía General de Chile al recientemente creado Virreinato de Buenos Aires, y aludiendo inmediatamente después a la expansión territorial hacia la zona norte de este país, como resultado de la Guerra del Pacífico, el autor plasma una noción el espacio nacional centrado, principalmente, en las regiones norte y centro del país.²⁶ La frontera sur, por el contrario, aparece en una nebulosa, sin referencia alguna en el relato histórico.

Al respecto, si bien muchas de las descripciones históricas y geográficas dan cuenta de las características de las regiones norte y sur, éstas son muy heterogéneas. Pese a que la incorporación de las dos nuevas fronteras tuvo lugar al mismo tiempo y fue estimulada por objetivos económicos similares, su presencia en el imaginario nacional fue incorporada a través de representaciones desproporcionadamente diferentes. Si los territorios del norte adquirieron vida a través de la evocación profusa de eventos históricos relacionados, principalmente, con la Guerra del Pacífico, la Frontera del sur aparecía en un relato mítico que no termina por entrar a la historia nacional sino hasta después su incorporación final a la jurisdicción Chilena. Relegada a los períodos de la conquista y la colonia, la Araucanía permanece en una vaga e indeterminada idea de su territorio.

Relatos de guerra: El Norte Grande

Si bien los primeros cronistas que llegaron, durante el siglo XVI, a los territorios de lo que hoy se denomina el Norte Grande relataron y describieron tanto las hazañas de conquista como el entorno en la que éstas se desarrollaron, fueron fundamentalmente las descripciones realizadas durante el siglo XIX las que dieron forma a esta región en el imaginario nacional. Pese a que las incursiones tanto militares como de exploración de recursos económicos, por parte del ejército y de intereses privados, se llevaron a cabo desde princi-

25 Gran parte de la historiografía nacional ha situado las raíces de la nación chilena en el proceso de conquista por parte de Europa, durante el siglo XVI. Si bien existen miradas historiográficas muchas veces divergentes, no es errado señalar que para la mayoría el inicio de la historia nacional se remonta a este período. Si bien la historiografía liberal decimonónica pone el acento en el proceso de independencia política acaecido a principios del siglo XIX, las corrientes conservadoras e hispanistas establecen a la conquista como el inicio de la nación chilena.

26 Luis Risopatrón *Diccionario geográfico de Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1924, p. XIII.

pios del siglo XIX –guerras de la independencia, Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, explotación de la minería de plata, guano y salitreras- fue durante la Guerra del Pacífico cuando los relatos literarios, militares, históricos, periodísticos y geográficos, comenzaron a ser profusamente propagados, difundiendo el sentimiento de lo que Gastón Bachelard ha definido como *topofilia*. La narración de grandes hazañas y gestas que remitían a un pasado común fue dando origen a un escenario territorial que, a través de la misma narración de las historias iba siendo asimilado como propio. Interesante resulta que los relatos involucren a la temporalidad y a la espacialidad en términos inalterables. Ambos son asentados en un contexto fijo que sirve de plataforma a la idea de nación. Desde esta perspectiva, las localidades y comarcas adquieren vida en el imaginario nacional, en tanto se asocian a situaciones históricas determinadas. Ejemplos tales como “El nombre de Tacna es indígena, derivado de Tacana... [Allí] tuvo lugar el 26 de mayo de 1880, una encarnizada batalla en que el ejército chileno batió i derrotó completamente a las mejores fuerzas militares del Perú i Bolivia en la última guerra”²⁷ son comunes en las descripciones geográficas. Si bien la denominación se remonta a un pasado indígena –que de algún modo devela el origen atávico de la zona- lo que da sentido a su existencia es el encuentro militar que allí tuvo lugar. Resaltando la bravura y el coraje del ejército chileno, las ciudades, pueblos y pequeñas comarcas van dibujándose como escenarios de la historia patria. Huara por ejemplo, entra a la historia a través del relato de la Guerra del Pacífico “Es notable en la historia de la última guerra contra el Perú i Bolivia, por la desesperada resistencia de una pequeña división del ejército chileno contra un triple número de fuerzas enemigas, el 27 de noviembre de 1879”.²⁸ Su existencia es así petrificada en un instante específico.

Las imágenes provenientes de los relatos de la Guerra del Pacífico, son diversas. Ellas fluctúan entre las experiencias vividas tanto en las batallas como en las largas travesías a través del desierto, acentuando siempre el heroísmo y la bravura de los chilenos. Los lugares aparecen como puntos geográficos aislados, conectados única y exclusivamente por el relato histórico. Como un gran rompecabezas estas localidades van dando forma al norte como un todo geográfico. Iquique, Antofagasta, Tacna, el Morro de Arica y Lima son los más recurrentemente mencionados en las narraciones. Cada uno de ellos fue descrito como una totalidad en sí mismos, evocando la inmensidad del espacio en el evento histórico. Al respecto, siguiendo

27 Enrique Espinoza *Jeografía de Chile*. Santiago: Imprenta i Encuadernación Roma, 1911, p.60.

28 *Ibid.*, p.88

el análisis que Gastón Bachelard hace acerca del espacio, el recuerdo que estos lugares provocan reproducen una inmensidad que no procede necesariamente de las informaciones de los geógrafos, sino de la significación y las impresiones que cada uno les otorga.²⁹ Iquique es, en este sentido, un hito paradigmático en términos históricos y geográficos. La representación de esta ciudad del norte como el lugar de gesta heroica por excelencia concentraría en sí misma la inmensidad de los símbolos de la nación. De hecho, Enrique Espinoza más que atender a las características topográficas o geodésicas de la zona, se refiere a esta localidad como “...una celebridad imperecedera por el combate naval que se dio en sus aguas, el 21 de mayo de 1879...”.³⁰ Es la historia la que otorga existencia a la región. Características tales como la bravura y el coraje viril desplegado, según las narraciones, en el combate marítimo son los que dan a Iquique los elementos solemnes que definirían la idea de ser chileno. Desde esta perspectiva, los relatos establecen y fijan los límites de la nación no sólo en términos geográficos sino que en función de la participación y apropiación de los eventos que allí tuvieron lugar. Fuera de estas descripciones –en este caso el Combate Naval de Iquique- son pocos los eventos históricos alternativos que alimenten el imaginario de la zona. Incluso población de diversos orígenes que ha habitado esos territorios se ha desvanecido en el silencio de las narraciones, siendo, con ello, obliterados del imaginario de la nación.

Similar es la apreciación que Alejandro Cañas Pinochet tiene sobre el “Norte-Grande”. En la introducción a su libro *Descripción jeneral del departamento de Pisagua*, este autor pone énfasis en aquellos aspectos desconocidos de estos territorios antes de la guerra y en el cómo ellos se hicieron parte de la nación chilena. El desconocimiento y la inexactitud primaban antes de entrar a la nación, esto es, antes de entrar a la historia. En su texto escribe “Desconocidos estos territorios de la jeneralidad en Chile, sin tener casi nadie ideas claras o fijas sobre su estado actual, sobre su jeografía, sobre las riquezas minerales que encierran, sobre su clima, sobre todo aquello que puede interesar a la industria, al comercio i a los hombres de estudio [...] poniendo de relieve i a la vista de todos esta tierra que fue la primera del Perú en que sentara su planta nuestro valiente ejército, i por consiguiente aquella en que éste estableciera su permanente dominación”.³¹ Nuevamente es la historicidad del relato el que define al territorio como parte de la nación. Más aún, su incorporación a la jurisdicción chilena habría permitido también el tránsito de esa naturaleza desconocida e indomable a los avances del conocimiento

29 Gastón Bachelard, Op. Cit., p.220 y siguientes.

30 Enrique Espinoza, Op. Cit., p. 86. Iquique aún aparece como el lugar de mayor relevancia en el imaginario de la Guerra del Pacífico.

31 Alejandro Cañas Pinochet *Descripción jeneral del departamento de Piragua*. Iquique: Imprenta de “El 21 de Mayo”, 1884, p.7.

científico, objetivo y moderno. Sin embargo, lo que queda fuera del relato queda también fuera de la nacionalidad.

Uno de los grandes ausentes de las narraciones acerca del norte grande es la población indígena. Los silencios, al respecto, son enormes y, en el caso que ella apareciese, no lo hace como un sujeto histórico con participación activa en el devenir nacional, sino como un componente innato de la naturaleza. Objetos de estudio de la antropología y no de la historia, las comunidades indígenas habrían dominado la convulsionada geografía no porque ellos tuviesen habilidades especiales o sofisticados procedimientos técnicos, sino porque formaban parte de esa misma naturaleza. “En las laderas de la ‘puna’ algunos indígenas quechuas y aimaraes han labrado sus tierras de cultivo, captando algunos riachuelos. Han construido toscas viviendas que forman pequeños lugarejos suspendidos sobre los abismos. Viven ahí separados del mundo, sin ninguna influencia de la civilización; tranquilos y hieráticos, con la mirada alargada de los ojos incaicos, la cara enjuta, y cierto comunismo fraternal que conservan desde los tiempos de Atahualpa [...] Región abrupta e indomable, jamás será habitada por el hombre blanco”.³² Lejos de ser concebidos como seres humanos los indígenas aparecen como sujetos excepcionales que adquieren notabilidad en tanto partes de la naturaleza. En efecto, las imágenes de los indígenas fluctuaban entre la idealización y el desprecio. En cualquier caso, ellos quedaban circunscritos al paisaje natural. Alejandro Cañas Pinochet se refiere a los *Changos* como una raza de pescadores que habrían habitado la costa de Pisagua, pero que al momento de realizar su investigación habrían sido casi inexistentes. El autor los caracteriza como una población que antaño habría sido numerosa, dejando sus “vestigios eternos”. La referencia a lo “eterno” es interesante en tanto ella sugiere, por una parte, su elevación a una esfera idealizada que se materializa en las huellas y rastros que de ellos quedan, y por otra, su exclusión de la temporalidad histórica. En tanto “vestigios eternos”, quedarían condenados, entonces, a ser sólo la matriz fundadora de la nación sin participación alguna en el desarrollo de la misma. Sin embargo, cuando se refiere a comunidades indígenas aun existentes, tales como los aymaras, el autor alude a ellos en forma negativa, enfatizando aspectos raciales:

La complexión física dominante en estos indios es débil i hasta raquítica [...] su aspecto... es desagradable. Las facciones de su cara forman un conjunto repulsivo... son de tez morena cobriza subida, de pómulos abultados, de boca grande i gruesa, de nariz achatada,

32 Benjamín Subercaseaux, Op. Cit. pp.60-61. Alejandro Cañas Pinochet se refiere de la misma forma a los indígenas del norte “En las faldas andinas... los derrumbaderos, los furiosos torrentes, los abismos insondables, rasgos característicos de estas escabrosas rejiones, parecen obstáculos insuperables a toda comunicación entre las diversas partes de su dilatado territorio, i sin embargo los indios sobrepujan los obstáculos que la naturaleza ha sembrado por aquellos lugares, trasmontando los cerros, bajando a los abismos i burlándose de los precipicios”. Alejandro Cañas Pinochet Op. Cit., p.15.

de frente estrecha i deprimida i su cabeza se halla cubierta de una espesa cabellera negra, tiesa, lacia i gruesa [...] Las condiciones de su estructura física concuerdan en todo con las del temple de su carácter moral... son tímidos o cobardes en sumo grado, como que siempre se han visto abatidos por sus gobernantes o por los hombres que en el Perú han sido llamado *blancos*... son obedientes hasta la exageración... de sumisión tranquila, respetuosa i callada a sus opresores... son ignorantes, como lo comprueba su timidez, su sumisión incondicional, su fanatismo i su superstición; son recelosos porque han aprendido de sus mayores a ser desconfiados de los que emplearon la falsía para dominarlos, la mentira para explotarlos, la tiranía i todas las malas artes para gobernarlos.³³

Según Cañas Pinochet, los peruanos –tal y como él los ha caracterizado aludiendo a su autoproclamada y pretendida blancura- serían los principales responsables del desafortunado comportamiento y proceder de los indígenas. Revistiendo de características raciales negativas tanto a peruanos como indígenas, el autor se sitúa, y con él a lo que considera como la “raza chilena”, en la antítesis de la “sumisión, la ignorancia, el fanatismo, la desconfianza y la superstición”. En otras palabras, por omisión, “lo chileno” descollaría entre esta rusticidad salvaje. Más adelante rescata al mundo indígena en un sentido positivo, aunque investida nuevamente de componentes raciales, y en franca oposición a los peruanos,

El carácter de estos indios, dulce por su propia naturaleza, era excelente para formar un pueblo tranquilo i trabajador; i si hoy el indio odia a la raza conquistadora [Peruanos], no se amalgama con ella, huye de su contacto i apenas, si cultiva relaciones mercantiles en pequeña escala, es porque se ve impulsado a hacerlo [...] El indio de estas rejiones es sufrido, laborioso, paciente, frugal, económico i leal con los que le tratan con amor i con justicia. Estas solas prendas sobran para esperar de él que, rehabilitado, que ilustrado, pueda llegar a ser un buen ciudadano en vez de un ente abyecto como ha sido considerado hasta aquí”.³⁴

No cabe duda que el camino para *rehabilitar* y transformar finalmente en *buenos ciudadanos* a esta población –es decir, cambiar su naturaleza sumisa para hacerlos protagonistas de su propia historia- no es otra cosa que incentivar la relación con gente *amable* y *justa*, en otras palabras, los civilizados y modernos chilenos. Peruanos y bolivianos serían tan despreciados como los propios indígenas, y este desdén estaba imbuido no sólo de características raciales sino también de género, como una forma de minimizar su presencia histórica. En efecto, pese a que la categoría género ha sido obliterada por la mayoría de los estudios que han abordado el análisis del surgimiento y desarrollo de las naciones, ésta ha jugado un papel fundamental a la hora de establecer la identidad nacional. Una de las

33 Alejandro Cañas Pinochet. Op. Cit., p.50-51 Una situación similar puede encontrarse en otros lugares de América Latina. Mark Thurner en su estudio sobre Perú señala que, cuando los criollos peruanos volvieron su atención hacia la herencia Andina (lo que ya constituía una rareza), tendieron a yuxtaponer las ideas de una gran, pero al mismo tiempo vacía, civilización Inca, frente a la raza india caracterizada por su inferioridad y degeneración. *From Two Republics to One Divided. Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*. Durham and London: Duke University Press, 1997, p.10.

34 Alejandro Cañas Pinochet, Op. Cit. p.51-52.

imágenes más recurrentes dice relación con la alegoría de la nación como un hogar. En efecto, la idea de nación como una “gran familia” ha sido usada frecuentemente como un símbolo de unión e inclusión de todos los habitantes, a la vez que de exclusión de quienes no son considerados parte de esa stirpe.³⁵ En la oposición binaria femenino/masculino, se reproduce la dicotomía naturaleza/racionalidad. Desde esta perspectiva lo femenino encarnaría la matriz atávica de la nación, en tanto que lo masculino la acción directa de la construcción de esa identidad nacional.³⁶ Sin embargo esta oposición binaria toma también otras características. Si lo femenino-propio es concebido como lo prístino, natural y en muchos sentidos sagrados, lo femenino-ajeno es dibujado en términos de su indecencia y lujuria.

Tal vez ha sido Lima, la capital peruana, la que ha concentrado la mayor proporción de calificativos feminizados y negativos encarnando la representación más paradigmática de los peruanos como enemigos. Lima, descrita como una mujer sensual y deseada, ha simbolizado la fantasía sexual de posesión del otro. Amenazante y seductora, la *otra*, el enemigo fue fijado en una representación femenina la que incentivaba los deseos de dominación y posesión, tal y como se desarrollaron en 1881 cuando el ejército chileno ocupó la capital peruana.

La expedición a Lima era el sueño de nuestro Ejército [...] considerábase a la inquieta y galante ciudad de los Reyes como el término natural y glorioso de la ya larga campaña [...] Con tal diamante debía cerrarse la espléndida corona de cien victorias [...] De su seno parecían venir, soplando sobre todos los corazones, vientos cargados de babilónicas promesas: las bocanadas tropicales que maduran la caña y el café abrasadoras y libidinosas como besos de mulata cortesana [...] Y qué sueño más patriótico a la par que caballeresco, si la Patria y el amor son la empresa que en su alma lleva escrita todo guerrero de buena ley, que clavar la hermosa bandera de Chile en las torres y palacios de la metrópoli enemiga y probar un poco la renombrada sal de sus hijas, las andaluzas enteras y verdaderas del Pacífico.”³⁷

La descripción de Lima como un paisaje excéntrico lleno de territorios fértiles y cortesanas expectantes aparece plagada de imágenes exóticas nutridas no solo de la representación de la capital misma, sino también de la auto-imagen de los chilenos como soldados valientes y viriles. Su masculinidad se representaba en su caballerosidad galante llamada a conquistar a la coqueta y provocativa mulata. Así, borrando la violencia ejercida por el ejército chileno en su entrada a Lima, los relatos enfatizan el aspecto épico que ennoblece a la chilenidad

35 Ver Catherine Hall “The Rule of Difference: Gender, Class and Empire in the Making of the 1832 Reform Act”. En Ida Blom, Karen Hagemann y Catherine Hall *Gendered Nations. Nationalisms and Gender Order in the Long Nineteenth Century*. Oxford y New York: Oxford International Publishers Ltd., 2000.

36 Anne McClintock, “No Longer in a Future Heaven’: Nationalism, Gender and Race”. En *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Context*. New York: Routledge, 1995, p.263.

37 Daniel Riquelme “Los relojitos”, *Bajo la tienda*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1953, p. 38

Un viejo soldado de Granaderos aseguraba que las balas limeñas tenían solimán y carmín [...] Sabido es que en el Ejército había gran número de soldados que a palmos conocían a Lima, los que ella expulsó en una hora de triste y mujeril rencor [...] Han de saber, hijos míos, decía un roto, que en Lima regalan por un diez una botella de aguardiente que parece coñaque en lo amarillo [...] Otro refería que los hombres se bañaban juntos y revueltos con las mujeres, ligero de traje de por medio [...] Muchísima mayor sensación producía la noticia... de que las engreídas y rumbosas limeñas no usaban calzones y que en camisa dormían la ardorosa siesta en frescas hamacas...³⁸

38 Daniel Riquelme, Op. Cit., p.39-40

Incluso cuando la brutalidad y crueldad de los chilenos aparece en los relatos, ésta está siempre asociada a la hostilidad y agresión de los peruanos, como relata Orestes Tornero en su *Compendio de historia de Chile*: “Desgraciadamente la entrega de aquellas dos ciudades [Chorrillos y Miraflores] no pudo efectuarse sin graves desórdenes. Algunos de los cuerpos peruanos depositaron las armas de la derrota, pero otros se dispersaron con sus fusiles en Lima y sus alrededores cometiendo muchas depredaciones. Durante la noche del 16 al 17 el desorden no tuvo barrera alguna. Pretestando tener hambre, se alzaron sobre las tiendas de víveres, despedazando las puertas a hachazos o a disparos, y saqueándolas y entregándolas después al fuego. Lo mismo hicieron con los valiosos almacenes de joyas, ropas, etc.”.³⁹

39 Orestes Tornero, *Compendio de historia de Chile*. Valparaíso: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1896, p.131.

40 Jeneral Indalicio Tellez *Historia de Chile. Historia militar (1520-1883)*. Santiago: Balcells & Co., 1925, p. 326. Al respecto Arturo Benavides señala que ...“Esta famosa fortaleza es un cerro como de 150 metros de altura, cortado casi a pique por el lado del mar, y constantemente azotado por las olas”. A. Benavides *Historia compendiada de la Guerra del Pacífico*. Santiago: Soc. Imp. y Lit. Universo, 1927, p.74.

El aspecto masculino de los soldados chilenos también fue representado en las imágenes geográficas simbolizado en los logros épicos. El Morro de Arica aparece en todos los relatos como el epítome de la bravura del chileno. Como fortificación natural, éste aparece descrito una y otra vez desde el coraje, espíritu y resolución desplegada por el ejército chileno contra las fuerzas peruanas ...“La posición de Arica está formada por un alto Morro de piedra de 139 metros de altura que cubre por el sur el pueblo de Arica, llegando hasta la misma plaza. Por tres de sus costados (N. S. i O.) es inaccesible i por el otro (E.) sólo se puede subir con grandes dificultades por caminos en zig-zag [...] La parte más alta, que da hacia el mar, forma una planicie de uso 400 metros cuadrados de superficie i en ella estaba asentado el fuerte principal. Rectamente hacia el sureste i separados por 1.500 metros habían otros dos que dominaban la *silla* o depresión por donde el cerro era accesible”.⁴⁰ El detallado relato perseguía llenar de significado tanto la hazaña heroica como la idea de nación. Describiendo exhaustivamente el territorio geográfico, el relato sitúa y fija el territorio como una parte indeleble de la nación, la que trae a la memoria —a través de una descripción específica— la idea de un pasado común.⁴¹

41 Raymond Craib señala al respecto que la repetición rutinaria de la cartografía contiene, en sí misma, una simple pero muy significativa promesa: otorgar al espacio un sentido de estabilidad que permite su apropiación, transformación y regulación de un modo más efectivo. En este sentido, la cartografía permite *fijar* el territorio. Por una parte, las prácticas cartográficas producen textos materiales sobre el espacio, en la forma de mapas, títulos, escrituras y descripciones que, en forma de archivo, le dan fuerza de ley. Por otra parte, produce al espacio como un texto en sí mismo, a través de la instalación de líneas, puntos, hitos y lugares. La representación de lo fijo, particularmente a nivel nacional, tiene un alto valor simbólico. Los mapas no solo permiten la imaginación del estado-nación, sino que actúan como medios a través de los cuales se puede, efectivamente, imaginar, propagar y circular esas representaciones de estabilidad nacional y, consecuentemente, política. Raymond Craib Op. Cit., p. 8.

El “Norte Grande” no es habitado sólo de relatos heroicos, sino también de las dificultades que imponía su geografía a los conquistadores de la Guerra del Pacífico. Una de las imágenes que se reiteran en las narraciones es aquella relativa a la sequedad del desierto. “El sol peruano incendiaba el ambiente y la arena en que se hundían las botas amarillas de oficiales y soldados [...] De los labios resecos, como la pampa caldeada, se escapaba una respiración anhelante, que llegaba a sobreponerse al rumor de las pisadas y de las armas; pero nadie detenía a nadie”.⁴² Las dificultades descritas envisten a la empresa de un valor altísimo. “La marcha [desde Moquegua a Tacna] fue muy penosa, porque, salvo en uno que otro punto, no había agua... por marchar por tan ardiente sol y movediza arena quedaron muchos extenuados; y algunos murieron de insolación. En la noche bajaba tanto la temperatura que muchos para abrigarse hacían hoyos en la arena y con ella se cubrían [...] Las marchas por el desierto de Tarapacá, siendo como fueron tan penosas, eran entonces reputadas sólo como molestas”.⁴³

42 Daniel Riquelme “Baquedano y la mula de Montero” *Bajo la tienda*, Op. Cit., p.25. Gaspar Toro también hace una descripción de la marcha de los soldados después de las campañas de Tacna y Arica “Por fin, el grueso del ejército chileno avanzó penosamente hacia Tacna, a través de un territorio desierto i arenoso, sin agua ni vegetación” Gaspar Toro, Op. Cit., p.193.

43 Arturo Benavides Op. Cit., p.66.

Al finalizar la Guerra del Pacífico, los reportes oficiales con referencia a exploraciones geográficas fueron rápidamente difundidos. Atendiendo la riqueza económica del territorio, las descripciones adoptaron un sentido mucho más positivo. En 1890 Enrique Espinoza publicó su primera edición de la *Jeografía descriptiva de la República de Chile*. El llamado “Norte Grande” fue descrito por el autor como un territorio próspero, enfatizando la existencia de ricas materias primas minerales. Contraviniendo la común y –en sus palabras– “vulgar” idea de la región del norte como “una inmensa extensión de serranías i desiertos, donde solo la sed de especulación puede resistir a la esterilidad i al horror...”, describe “un paraje de inagotables tesoros sembrado de animadas poblaciones explotadoras que disfrutaban de todas las comodidades de los pueblos del centro... aquellas lejanas provincias poco tienen que envidiar a sus hermanas del sur, porque, gracias a sus inmensas riquezas i a la fácil vegetación de sus cultivables valles, con sus termas i accidentadas vertientes, lejos de semejar un páramo o a un desierto cubierto de oasis, están en vías de rivalizar con la Antigua rejión de los *jardines pensiles*”.⁴⁴

44 Enrique Espinoza Op. Cit., p.11.

La Frontera del Sur: Un mito sin historia

Así como el norte aparecía atiborrado de imágenes provenientes de la Guerra del Pacífico, la Frontera del sur estuvo dominada por representaciones asociadas a la larga Guerra de Arauco. De hecho, al

contrario de la zona norte en que los hitos geográficos eran claramente identificados con eventos históricos precisos, el territorio del sur quedó preso de la ambigüedad e imprecisión de una temporalidad vaga, ubicada entre los siglos XVI y XIX. Más aún, podría afirmarse que la región al sur del Bío Bío estuvo remitida a una especie de a-historicidad permanente. 1541, 1598, la década de 1630, 1818, los 1860 o los 1880, por nombrar algunos episodios de esta larga guerra, parecían irrelevantes como hitos de localización temporal y espacial. Todo confluía en un ethos y un pathos de indefinición denominado como la Frontera.

Pese a existir fuentes y documentos, el canon historiográfico y geográfico decimonónico ha desdibujado su participación en la construcción histórica de la nación. Su presencia no es más que el origen mítico, signado por el encuentro idealizado de españoles y mapuches. De algún modo ha sido la convulsionada naturaleza -el Bío Bío- la que ha fijado a la región como parte de Chile. En efecto, muchos lugares obtuvieron su nombre en memoria del mismo proceso de Conquista, especialmente de aquellos eventos del siglo XVI. Ejemplo de ello es “Esta montaña lleva el nombre de Villagrán en recuerdo de los capitanes españoles de la época de la conquista Francisco i Pedro Villagrán...”.⁴⁵ Sin embargo la mayoría de los puntos geográficos tomaron sus nombres del Mapudungún, el lenguaje de los Mapuche. Lo que es interesante es que los relatos geográficos describen los lugares a través de la narración de encuentros militares entre españoles y araucanos, acontecidos principalmente en el siglo XVI. “Inmediato a San Pedro tuvo lugar en Noviembre de 1557 un encuentro entre españoles i araucanos que lleva el nombre de combate de Lagunillas. En él se tomó prisionero al indígena Galvarino, a quien don García Hurtado de Mendoza, para escarmiento, le hizo cortar las dos manos”.⁴⁶ Así como sucedía en la región del norte, fue nuevamente la historia la que daba significado al espacio territorial. Situando eventos y personajes históricos en el contexto geográfico, el territorio adquiría importancia en la construcción del proceso nacional. Una vez más el espacio era fijado en una temporalidad histórica, en este caso, la geografía era remitida al proceso de conquista como origen prístino de la nación chilena. Sin embargo, este origen es descrito no sólo como un encuentro violento, sino que vinculado a un ambiente caótico e indisciplinado por excelencia. Citas tales como “Tucapel, después de destruido por los araucanos, nos trae en la historia de la conquista el recuerdo de uno de los más rudos combates, como que era la zona habitada por los indios más indómitos y valientes”⁴⁷ fueron comunes.

45 *Ibíd.*, p.307. Otros casos fueron las ciudades de Valdivia, Coronel, Nacimiento y Ercilla.

46 *Ibíd.*, p.323.

47 *Ibíd.*, p.334.

La región de la Araucanía ha sido conocida, desde principios del siglo XVII, como “La Frontera”. El apelativo corresponde al límite militar establecido por los dos ejércitos –Mapuche y español– que dividía la jurisdicción territorial de cada uno de ellos en el curso del río Bío-Bío. La frontera se transformó en lo que Mary Louis Pratt ha denominado *zona de contacto*, es decir, “el espacio del encuentro colonial, el espacio en el que personas separadas histórica y geográficamente se ponen en contacto unas con otras y establecen relaciones continuas, signadas generalmente por condiciones de coerción, inequidad radical, y graves conflictos... [El concepto de *zona de contacto*] es un intento por invocar la presencia tanto espacial como temporal de los sujetos previamente separados por disjunturas geográficas e históricas y que sus trayectorias ahora intersectan”.⁴⁸ La Región de la Frontera, como *zona de contacto*, ha sido caracterizada por su conflicto permanente en el que ni la administración española, ni el gobierno Mapuche pudo controlar durante el período colonial. No es sorprendente, entonces, que la región sea caracterizada por elementos asociados al salvajismo y las turbulencias. Uno de los aspectos más recurrentes en las narraciones es la destrucción. “[Concepción] Destruída varias veces por los araucanos, fue demolida por completo en el terremoto del 25 de Mayo de 1751”.⁴⁹ Más aún, el devastador conflicto no sólo era asociado a la guerra sino a la ferocidad de la propia naturaleza. “Arauco siguió sublevándose durante el período colonial y su resistencia no se apagó hasta el tercer cuarto de la vida republicana [...] La razón de esta tenaz resistencia la podemos encontrar, por una parte, en la altivez de los araucanos, celosos guardadores de su amado terruño, y por otra en el aspecto mismo del territorio, ondulado y lleno de quebradas, bosques y matorrales, muy apropiados para la defensa y para las sorpresas [...] Las sublevaciones continuaron verificándose de tarde en tarde y ellas impidieron el progreso de la región del sur”.⁵⁰ Al contrario del caso del territorio del norte, la Frontera del sur, estuvo marcada por un ethos signado por las catástrofes y las ruinas. “En 1861 los araucanos eran tan dueños de su territorio como en tiempos de la conquista. Más allá del Bío Bío no existían sino las ruinas de Cañete...”.⁵¹

Menos histórico que la región del norte, la Araucanía aparece descrita en los relatos a través de características naturales y telúricas asociadas predominantemente con una naturaleza descontrolada y salvaje. Pese a que la región fue incorporada a la jurisdicción nacional durante la década de 1880, la mayoría de los eventos consignados en las narraciones se remiten y fijan en un pasado prístino, sien-

48 Mary Louise Pratt Op. Cit. , p.6-7.

49 Enrique Espinoza, Op. Cit., p.317.

50 Octavio Montero Correa *Lecciones de historia, geografía y educación cívica*. Santiago: Imprenta Chile, 1932, pp.149-152.

51 Daniel Riquelme *Compendio de historia de Chile*. Valparaíso: Lit. é Imp. Sud-americana de Babra i Ca., 1899, p.454.

do borrados de la era Republicana, al menos hasta la ocupación militar. Así, el espacio geográfico, imaginado como el marco en que esos eventos tuvieron lugar, ya no se reviste de historia sino que, en una distinción binaria tajante, se remite a una naturaleza atávica, exuberante y desbordada. Cubierto por el caos, este territorio se instaló –y fijó– en una asociación directa con el supuesto barbarismo de los indígenas, quienes fueron concebidos como parte intrínseca de esa misma naturaleza violenta y descontrolada a la que había que conquistar. En efecto, la crueldad y virulencia que generaron las incursiones militares hacia este territorio se fundaron justamente en ese desprecio por la barbarie que hacía urgente incorporar a la era del progreso y la modernización. La expansión de las líneas ferroviarias y el telégrafo, la fundación de nuevas ciudades y la construcción de nuevos caminos, puentes y fuertes fueron la vanguardia que anunciaba el ingreso de la zona en la historia nacional a través de un nuevo imaginario signado por el avance y la ilusión de modernidad. Sin embargo, los indígenas habían desaparecido de los relatos. “Fueron obras importantes de aquella administración [Santa María, 1881-1886], la ocupación de la Araucanía i la reducción definitiva de los indomados indios, en lo que se ocupó el ejército victorioso del Perú. En aquella salvaje rejión se levantaron fuertes, se abrieron caminos, se inició i adelantó la construcción de los ferrocarriles de Angol a Traiguén i de Renaico a Collipulli i Victoria, surjieron rápidamente pueblos i ciudades, i comenzaron a venderse por el Estado vastos campos i bosques entregados al cultivo del trigo, a la crianza de ganados i a la explotación de maderas. La barbarie fue absorbida por la civilización”.⁵² Remitida a tiempos atávicos, las regiones del sur fueron despojadas de la historia y sus habitantes expulsados de la nación.

A lo largo de estas líneas se ha tratado de analizar las formas en que las descripciones geográficas y las ilustraciones y representaciones del espacio informan y nutren los significados de la nación. Los relatos tanto históricos como geográficos han fortalecido algunas perspectivas, intereses y sujetos, a la vez que han desacreditado otros. Los modos de narrar y los silencios que implícitamente llevan esos relatos han jugado un papel central. En el proceso, han establecido una distinción tajante, fija y excluyente de lo que es entendido como *geografía, territorio y naturaleza* y lo que es concebido como *históricamente nacional*. Esta diferenciación tiene dos grandes conse-

52 Gaspar Toro, Op. Cit., p.208. Luis Galdames también describe este episodio como la imposición del progreso ...“El coronel *Gregorio Urrutia*, al mando del ejército de la frontera, dominó en dos años las líneas del *Curacautín* y del alto *Biobío*, en las faldas de los Andes. Nuevas poblaciones como Temuco, Carahue y Nueva Imperial, surgieron al amparo de las operaciones militares; y nuevas colonias de extranjeros y de nacionales avanzaron la ocupación de los territorios incorporados a la República. Pronto la locomotora cruzó también... Los últimos restos de la bravía raza quedaron así reducidos a una escasa porción de su suelo y sometidos a las leyes protectoras dictadas por el gobierno nacional (1883)” L. Galdames *Historia de Chile*. Santiago: Editorial Nascimento, 1938, pp.420-421.

cuencias. Por una parte, debido al hecho que el territorio geográfico es considerado como un espacio real, objetivo y *sempiterno*, la nación es dotada de atributos naturalizados. Por otro lado, la distinción entre *natural* e *histórico* establece la inclusión, así como la exclusión de sujetos de la pertenencia nacional, encarnados sobre todo en términos raciales, pero también de clase y género. Al representar algunos sujetos como parte del paisaje natural –principalmente indígenas en el territorio norte y sur– los relatos topográficos los remiten al ámbito que enmarca la nación, negándoles cualquier tipo de participación en la construcción de la misma. Por el contrario, aquellos sujetos representados por su acción dinámica devinieron en los genuinos y verdaderos sujetos nacionales.